

de Saavedra Fajardo, y dando cuenta de la traducción al sueco que de tal libro llevara a cabo Johan Gabriel Sparfwenfelt a finales del siglo XVII.

Un estudio digno de toda suerte de plácemes, en suma, donde campea sólida erudición al servicio de una técnica historiográfica impecable. Si es cierto —punto, a mi ver, él solo discutible— que lo gótico puede referirse *strictu sensu* al mundo cultural escandinavo, Johan Nordström nos ha brindado una magnífica aportación al conocimiento de las relaciones culturales entre Suecia y España.

F. ELÍAS DE TEJADA

TEODORO ANDRÉS MARCOS: *Los imperialismos de Juan Ginés Sepúlveda en su «Democrates alter»*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947, 280 págs.

De una cantera pétrea de la raza castellana parece arrancada la estampa del autor de este libro, recio de alma y membrudo de cuerpo, vigoroso en la polémica y duro en la opinión, cerrado en la justicia y en la caridad abierto, cuando apenas si el peso de largos años sabrosamente llevados han podido reducir la nervuda entereza de su carácter austero y sin tapujos. Al descender a la arena literaria no es, por eso, la suya una labor de florido discreteo de temáticas sino un torneo con lanzas de hierro donde las cañas de la cortesía no empuerzan el acerado rigor de la polémica.

Porque polémica, y gran polémica en el mejor de los estilos, es este libro sobre Sepúlveda, continuador de otros ya consagrados por el autor a la época de Carlos V y a las controversias deducidas de la hazaña americana. Cuando este varón de fibra clásica empuña la pluma, el mango se hace en sus manos espada que corta y hiere a los mandrines del momento cultural; y así, este libro sobre Sepúlveda tiene mucho de enmiendo de entuertos, de tantos y tantos entuertos como el azaroso giro de las cosas ha ido volcando sobre la figura de aquel gran aristotélico de Pozo Blanco, latinista ciceroniano y humanista meritísimo bastante a descollar en aquella edad dorada de los clasicistas hispánicos que abre la ciclópea talla de Nebrija y cierra la colosal elocuencia latina de Gerónimo Osorio.

Teodoro Andrés Marcos es un hombre del siglo XVI que naciera con cuatro centurias de retraso para alinearse al lado de los reivindicadores del pasado nuestro. En cuya línea sigue la tradición montañesa de los Pereda y Menéndez y Pelayo, brazo cogido del infatigable Marcial Solana, con quienes tantos puntos de vista guarda en lo firme de las posturas y en lo extremo del ideario.

Y así este libro, escrito en un estilo deliciosamente revuelto, concluye por ser, lo mismo en los capítulos biográficos y bibliográficos que en el cuerpo del

comentario crítico al cuerpo del *Demócrates alter*, que es el grueso que llena desde la página 89 a la 244, una defensa calurosa de la postura de un Sepúlveda reducido a sus verdaderas proporciones y libre de los excesos que erradamente otros le tacharan. Es la llave que cierra el paréntesis de investigación abierto por el maestro en 1892 cuando escribía que «en esta gran controversia, que tan capital importancia tiene en los orígenes del derecho de gentes, apenas ha sido oída hasta ahora más voz que la de fray Bartolomé de las Casas; justo es que hable Sepúlveda, y que se defienda con su prosa y gallarda elocuencia ciceroniana, que el duro e intransigente escolasticismo de su adversario logró amordazar por más de tres siglos».

F. ELÍAS DE TEJADA

SALVADOR M. DANA MONTANO: *Las ideas políticas de Bernardino Rivadavia*. Santa Fe, Imprenta de la Universidad, 1945, 99 págs.

Con persistente constancia viene el profesor Dana Montano, de la Universidad Nacional del Litoral, de Santa Fe (República Argentina), tejiendo una guirnalda de florecidos saberes rigurosamente científicos en torno a las figuras capitales de la nacionalidad argentina. A los granados resultados de sus afanes corresponde una ya lucida serie de monografías, si breves, también profundas y sistematizadoras. En 1943 veía luz la consagrada a Mariano Moreno; en 1944 la que dedicó a José Manuel Estrada; en 1945 ésta que ahora comento.

En los albores de la emancipación, la voz de Rivadavia se deja oír entre todas, ceñida a un civismo sensato y ejemplar, bien orientado en la cuestión capital de la historia política argentina: la solución constitucional del problema que plantea el excesivo tamaño de la capital bonaerense en proporción a la flaca contextura del resto de la nación. Seguidor de Mariano Moreno, continúa la tradición de la minoría liberal con tanto acierto que su más documentado biógrafo moderno, R. Piccirilli, ha podido escribir cómo gracias a Bernardino Rivadavia «se retornó a la marcha de la revolución para avanzar hacia conquistas definitivas» (*Rivadavia y su tiempo*, Buenos Aires, 1943, dos tomos; cito el I, 220). Y que andaba en lo cierto lo demuestra la ruta de los ensayos posteriores; el mejor juicio sobre Rivadavia está dicho sin palabras en las *Bases* de Juan B. Alberdi y en la Ley de 20 de septiembre de 1880.

La parte más aguda del libro de Dana Montano reside en el capítulo IV, enderezado a reconstruir la filiación ideológica del pensamiento político rivadaviano, dentro de un jacobinismo subterráneo rendido a las experiencias históricas. Hombre realista y del momento, se da a los hechos tal como son y clude ideologías aéreas e irrealizables. Como asevera certeramente Dana con palabras